

EL CONCEJO DE LAS MUJERES

Ángela Blenda



EIRENE EDITORIAL

© El Concejo de las Mujeres: Ángela Blenda (María Consuelo Altable)
Dedicado a la Sinagoga del Agua de Úbeda.
Cedido en 2018 para uso no comercial a Eirene Editorial «El club Eirene»

EL CONCEJO DE LAS MUJERES

*¿Qué es la vida?
Si es solo de la tierra,
solo de la carne y huesos...
Así que amo más allá de los huesos.
Adéntrate profundamente en tu alma.
Yo amo más allá de los huesos...
Hacia lo desconocido,
hacia lo desconocido.
Donde ningún otro amor va.¹*

Querida amiga:

¡Ama, ama, ama!

Me llamo Miriam, hija del rabino Mosi y esposa del rabino Menahem. Tuve la suerte de ser curiosa desde pequeña y nuestro padre nos enseñó por igual a leer y escribir en hebreo y latín a mi hermano gemelo y a mí. Fueron tiempos muy felices de risas y juegos.

La escuela de nuestra sinagoga tuvo desde sus orígenes enorme reputación por la calidad de sus enseñanzas. Algunos de sus alumnos tuvieron importantes cargos en las cortes cristianas y judíos desde lejanas tierras venían a aprender y debatir en ella. En nuestra hospedería dábamos abrigo y comida a los más necesitados y también se alojaban invitados importantes. Todos eran tratados por igual. Por las noches, mi padre salía a recorrer nuestro barrio, incluso, a veces, se atrevía a ir más lejos y siempre volvía con personas que no tenían refugio para pasar la noche ni un mendrugo de pan que llevar a su estómago. Mi hermano y yo ayudábamos a acomodarlos y alimentar su cuerpo y su alma como hacía mi madre, con una sonrisa y una palabra de afecto.

Las reuniones con los eruditos que nos visitaban se celebraban en casa como una fiesta; algunas veces también se invitaba a los 1«Bones», Equinox.

alumnos de la sinagoga. Yo escuchaba detrás de la puerta todo lo que podía. Ahí sí estaba vetada mi presencia por ser mujer. Pero al día siguiente mi hermano y su mejor amigo, Menahem, me contaban entusiasmados todo lo que habían escuchado. Mi padre tenía que poner un poco de calma en sus apresuradas narraciones. Su sonrisa se apagaba al verme tan feliz escuchar a mi hermano y a Menahem; su corazón se rebelaba contra las normas que vetaban a las mujeres el conocimiento y el saber.

Siendo muy jóvenes, mi querido hermano murió en un accidente de carro volviendo de una reunión urgente con la comunidad judía en Baeza; y mi buen padre no pudo nunca superar esa pérdida, culpándose de haberlo llevado a ese encuentro. Nunca tuvo claro si el accidente fue provocado por los enemigos de los judíos... Su único consuelo eran Menahem, su alumno preferido, el mejor amigo de mi hermano y, entonces, mi pretendiente.

Me apresuro a escribir; la noche se ha vuelto más negra y la luz de la vela no consigue disipar la oscuridad y mi angustia. Este silencio sepulcral que me envuelve me rebela y me impulsa a develar el mayor secreto durante siglos guardado en mi ciudad, en la hermosa Úbeda: El Concejo de las Mujeres.

¡Hermana! Cuando leas esta carta que escribo a una desconocida a quien le confío el secreto mejor guardado de mi ciudad, de mí quedarán solo los huesos y, de esta casa que hoy abandono, quedarán solo sus muros, piedras de lo que fue, sus huesos, también.

Su alma solo podrá regresar cuando tú encuentres esta carta, seas quien seas: judía, musulmana o cristiana, o quizás la tristeza y la desesperanza te habrán hecho dudar de la existencia del Padre que está en los cielos, o quizás es una Madre. O quizás son Padre y Madre. Por eso, adéntrate profundamente en tu alma, querida amiga: ama, ama, ama más allá de la carne y los huesos, y lee estas líneas que apresurada escribo antes de partir lejos de mi hogar.

¿Quién sabe si el egoísmo de mis antepasados en Israel nos condenó al exilio eterno? ¿Quién sabe si el egoísmo de los enemigos de mi pueblo nos condena al exilio constante? Mañana algunas familias judías vamos a partir buscando otra tierra prometida. Dejaré mi casa, dejaremos nuestras casas. Eso sí, nos llevaremos

nuestras llaves con la triste desesperanza de que pase lo que pase seguirán siendo nuestro hogar. Más allá de los huesos está nuestro espíritu y ese volverá.

Todo, todo podría haber sido diferente si los hombres hubieran escuchado una vez más la voz del Concejo de las Mujeres, y esta hermosa ciudad en el corazón de Sefarad podría seguir siendo mi casa, mi hogar en paz.

Llevábamos más de cien años conviviendo judíos, moriscos y cristianos; en la misma calle jugaban nuestros hijos, las mujeres nos ayudábamos en nuestras tareas diarias, nos asistíamos mutuamente en los partos, amamantábamos a nuestros bebés mientras escuchábamos las historias de las más ancianas. Nos reíamos con los cuentos de amoríos y elixires mágicos con los que algunos mercaderes nos incitaban a comprar sus mercaderías.

Éramos felices y nos sentíamos seguras porque todas éramos conecedoras de la mayor de las magias, la de la fraternidad, y cuando surgía algún conflicto intercedíamos en nuestras casas y ante nuestros hombres; encontrábamos soluciones que resolvían de forma amistosa las disputas; así transcurría nuestra vida sin que Alá, Jehová o Jesús nos hiciera sentir diferentes.

Pero una gran persecución a los judíos se inició en Sevilla y se extendió por todo el valle. Nuestra sangre corrió por las calles, algunas familias se convirtieron y los que quisimos mantenernos en nuestra fe fuimos obligados a recluirnos en el Barrio del Alcázar para nuestra protección.

No todos..., el prestigio de esta sinagoga y la intercesión ante la Corona de doña Juana, una de las damas cristianas más importante de Úbeda, logró un salvoconducto para que la sinagoga permaneciera abierta y protegidos el rabino y su familia.

Desde la muerte de mi hermano en el que tantas esperanzas había depositado mi padre, su alegría y entusiasmo se fueron apagando y perdió la memoria al fallecer mi madre. Cuando Menahem y yo nos desposamos, le encomendó la responsabilidad de cuidarnos a mí y a nuestra cada vez más debilitada comunidad.

Durante los últimos años, al caer de la tarde, mi padre y yo nos sentamos en el huerto y juntos imaginamos cómo se oculta el sol

en los cerros a los que no nos atrevemos a ir por miedo a ser agredidos. Agredir a un judío, insultarle e incluso robarle se ha vuelto muy común en estos tiempos, y apenas salimos de nuestra calle; en nuestra huerta encontramos casi todo lo que necesitamos para sobrevivir, ya que en estos aciagos días nos hemos convertido en rehenes de la sinagoga.

Pero parece que el número cien es un castigo para los judíos, porque han pasado casi cien años y los rumores de expulsión han vuelto. Nos cuentan que convertirnos y practicar secretamente nuestro credo es sinónimo de muerte. La Inquisición nos va a vigilar y no dudará en quemarnos en hogueras.

Por eso, mi esposo, el rabino de esta pequeña comunidad asustada y desorientada, nos insta a partir, a buscar otro lugar en el que poder vivir en paz. Sin embargo, no todas las familias están dispuestas a marcharse aun a sabiendas del peligro en el que quedan.

Nuestra sobrina Sol y su esposo se han bautizado y han decidido quedarse. Tiemblo, ella está enamorada de un joven cristiano y no sé qué puede pasar si se descubre su amor. Aunque en un principio nos opusimos, acabamos aceptando el matrimonio al que le obligó su padre con un hombre mayor que ella pero cercano a los regidores de la ciudad. Pensaba que con ello la protegía en estos días tan convulsos.

Sin embargo, presiento que la vida de mi sobrina está en peligro al igual que la de las familias que se van a convertir para seguir viviendo en la ciudad. Convertidos al cristianismo, ella es un obstáculo en el ambicioso plan de su esposo de llegar a ser el Inquisidor de Úbeda.

Pero vuelvo a mis recuerdos. Nuestra casa, este hogar que tengo que abandonar en unas horas, oculta un tesoro guardado por generaciones. Este tesoro que pudo cambiar la historia de Úbeda y de las tres comunidades que durante años vivieron en paz.

No tengo mucho tiempo para seguir escribiendo y lo que quiero contarte seas quien seas amiga o amigo que has encontrado esta carta, es la historia de las mujeres de esta ciudad, nuestra historia. Durante casi trescientos años, cristianas, musulmanas y judías tejieron una red de amor y seguridad para nuestras fami-

lias, independientemente de nuestro rango y credo: el Concejo de las Mujeres.

*Desde lo hondo a ti, grito señor.
Señor, escucha mi voz,
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica...²*

¡Madre y Padre, proteged la inocencia!

Con esta invocación comienzan las reuniones del Concejo. ¡Cuántos conflictos se han resuelto durante generaciones en las manos de las mujeres de Úbeda: conflictos dentro de cada comunidad e incluso entre ellas!

Hemos evitado matrimonios en los que la novia prefería la muerte porque su futuro esposo tenía la edad de su abuelo. Los días de mercado, siempre había que poner paz, humor y siempre amor. Recuerdo la historia que contaba mi madre de un muchachito hambriento y desarrapado que robó unas golosinas en el mercado, y que ahora es un buen comerciante. En aquella ocasión, las mujeres consiguieron que el mercader no solo no lo llevase ante la justicia, sino que le emplease con él, para que pudiera mantener a su madre y sus hermanos.

Y la historia de los regantes... tengo que contártela, hermana, porque esto lo he vivido yo. Cuántas risas nos han traído sus andanzas. No éramos capaces de ponerlos de acuerdo en el número de padrenuestros y versículos del Corán que tenían que recitar para saber el tiempo del que que disponía cada uno para regar su huerta; les dimos una canción que contaba la historia de una dama con muchos pretendientes pero que ninguno acertaba con el regalo que ella deseaba. Uno de los hortelanos, muy avisado, siempre sumaba un nuevo pretendiente en su canción; así que cada dos por tres, el otro le traía a nuestro Concejo. Al final, sumando, sumando pretendientes acabaron siendo amigos. Aunque hasta ahora, ninguno ha acertado con el regalo que espera la dama: ver el mar.

² Cantar de los Cantares. Salmo 130.

¿Damas? Sí, hay damas en nuestro Concejo; la familia de Adosinda siempre tuvo una representante desde su creación. Ella es nuestra decana, una noble cristiana cuya familia es de rancio abo-lengo que presume de haber sido fundadora de Úbeda. Siempre hay alguna risa disimulada cuando lo cuenta en cada reunión. En fin, ella es tan feliz sintiéndolo que nadie la contradice. Ha en-vejecido al mismo tiempo que su doncella, una mujer de origen occitano que en nuestras reuniones nos canta canciones de amor en una lengua algo gutural pero que a todas nos emociona.

Pero nuestro Concejo está formado también por una taberna-ra, Blasca; una partera, Amira; una panadera, varias hortelanas, dos tejedoras... y así podría seguir hasta incluirme yo, la humilde esposa de un rabino, que hasta hoy he sido su anfitriona y guar-diana de nuestro tesoro, desde el día que murió mi madre y ocupé su lugar. El lugar de reunión del Concejo de las Mujeres de Úbeda está en el corazón de esta sinagoga, en su *mikvé*.

Tallado en la roca, un baño de piedra al que se accede bajando los siete escalones rituales, un manantial milagroso, tan antiguo como esta ciudad, nos purifica. El rabino que construyó aquí la primitiva sinagoga, posiblemente hace trescientos años, aprove-chó una fuente que surgía de la tierra en una antigua cueva. Adaptó sus paredes y mandó tallar una escalera en la piedra por la que acceder a la misma. Construyó la sinagoga y su casa sobre ella, guardando más allá de nuestro rito purificador la existencia de un lugar mágico que posiblemente él ni siquiera fue capaz de comprender... aunque tal vez su esposa, sí.

Fueron las mujeres que habitaron sucesivamente en la sinago-ga: madres, esposas e hijas de los rabinos, las que descubrieron que la luna llena, que convertía en plata las hojas de la higuera que aún se yergue protectora en el patio, iluminaba también la cueva y la *mikvé*. Obligadas al rito purificador de sus cuerpos des-pués de la menstruación o de los partos, las mujeres judías de esta comunidad se reencontraron con la esencia pura de su alma feme-nina silenciada y no reconocida.

Descubrieron que su feminidad no era un castigo, sino que era su bendición y su celebración. A la luz de la luna aprendieron

a dignificarse y reverenciar su cuerpo como un regalo divino. Si ellas recibían esa bendición, por qué no compartir con sus vecinas cristianas y moriscas ese canto a la vida que es ser mujer.

Cuando descubrieron que el sol una vez al año también venía a visitarlas, entendieron que más allá de leyes o de credos, eran iguales a los hombres, y concluyeron que si ellas podían amarse y respetarse más allá de sus ropas, rituales y creencias, ¿por qué no tejer una red de amor que incluyera a sus familias y vecinos? ¿Y por qué no también a sus enemigos? Los hombres podrían aprender de ellas. No era así como ellas enseñaban a los niños y a las niñas a andar, comer y hablar. Enseñarían a amar sin distinciones.

La luna las bendecía en sus reuniones mensuales y el sol las bañaba una vez al año, cuando la vida explota en frutos, luz y belleza. Estaba claro que ellas podían compartir con los hombres la vida y la toma de decisiones. Así, en esta sinagoga surgió el Concejo de las Mujeres. A él podrían acudir todas las mujeres y hombres de Úbeda, sin distinción de credo, edad o estado. Resolverían con amor y humor los conflictos entre vecinos y vecinas.

Para los sucesivos rabinos estas reuniones estaban más allá de su comprensión, pero aceptaban la tradición que sus madres, hermanas, esposas e hijas mantenían. Las mujeres del Concejo, judías, moriscas y cristianas, se reunían para resolver los conflictos de la ciudad. Esto se había convertido en silenciosa ley en Úbeda.

Pero llegaron malos tiempos, en especial para los judíos. La reclusión de estos en el Barrio del Alcázar estuvo a punto de acabar con las reuniones de las mujeres en la sinagoga, a pesar del salvoconducto que doña Juana consiguió. En la época de mis queridos padres, las citas se volvieron cada vez más peligrosas, y algunos meses no llegaron a celebrarse por el riesgo de ser descubiertas y detenidas aquellas decididas mujeres que desde distintos rincones de la ciudad, alumbradas por la luna llena, acudían a las mismas.

Cuando mi esposo se hizo cargo de la sinagoga y conoció la historia de nuestras reuniones alentó esta fórmula fraterna que permitía resolver muchos conflictos entre vecinos antes de que se enquistaran y se convirtieran en procesos públicos ante los regidores de la ciudad, que por experiencia, sabía que siempre acaba-

ban mal para los judíos. Ayudado por Adosinda, la nieta de doña Juana, consiguió, evitando dar demasiadas explicaciones, garantizar la seguridad de las reuniones. Pero esta tranquilidad duró poco tiempo.

A pesar de las dificultades, nosotras conseguíamos convertir estas reuniones nocturnas mensuales en una fiesta fraterna y, una vez encontrada la solución a los conflictos que se planteaban, disfrutábamos de nuestra hermandad entre risas y canciones.

Una vez al año, aunque no fuera plenilunio, nos reuníamos para celebrar la vida. Cuando los días se hacen más largos, y la tierra explota en miles de colores y frutos, las mujeres de nuestra hermandad secreta, libres de nuestras ropas, cristianas, moras y judías, nos vestíamos con los rayos de sol que iluminaban la *mikvé* y descendíamos uno a uno los siete escalones para sumergirnos en un baño ritual de purificación, bendición y alabanza.

Esto fue y ha sido así en Úbeda desde que nuestras ancestras crearon el Concejo de las Mujeres. Y en estos últimos años tan convulsos y sin esperanza, he sido la anfitriona de estas ceremonias, hasta ayer.

Las mujeres del Concejo vinieron a despedirnos a mi hija y a mí. Faltaban algunas, la situación es peligrosa para judíos y para cualquiera que simpatice con nosotros.

No faltaron Beatriz, Débora, Blasca, Adosinda, Amira, Maríam, Fátima, Juliana y mi sobrina Sol, hermanas todas, si no de sangre, sí de espíritu. Rezamos a oscuras, la luna está escondida, tiene también miedo a mostrarse una vez más con el reflejo de nuestra sangre vertida. Rezamos cada una según nuestro credo por la paz y por la esperanza de un mundo sin odio, sin venganza. Dormimos abrazadas las unas a las otras, y lloramos hasta que nuestras lágrimas se fundieron con el agua de la *mikvé*.

Beatriz, oh, Beatriz, una joven de tan preclara inteligencia y talentos que no hay ninguna igual en toda Sefarad. Consejera de la Reina, llegó un día con la humildad que solo tienen las personas de corazón puro a preguntar por nuestro Concejo. Las soluciones de las mujeres, como a veces nos dicen con cierto desprecio en Úbeda, habían trascendido nuestra ciudad y llegado a la

Corte. Isabel quería saber quiénes éramos y qué hacíamos. Todas creímos que era un golpe de suerte que en la Corte se hablara de nosotras, aunque siempre habíamos intentado parecer más una leyenda que una realidad para los regidores y el Inquisidor. Pero si estaba interesada la Reina y nos enviaba a su amada consejera, qué podríamos temer.

Sin embargo, con serenidad y tristeza nos explicó que el interés de la Reina por las noticias que sobre nosotras le habían llegado tenía más que ver con el deseo de saber quién podía hacerle sombra a su poder de repartir justicia en todo el Reino. No le interesaban nuestro Concejo ni sus justas soluciones, ella se apoyaba en la Iglesia y en la Inquisición. Una reunión de mujeres cristianas, moriscas y judías solo podía acabar en la hoguera.

Beatriz, aun sin conocernos pero con la intuición de los espíritus libres y llenos de amor, intercedió ante la Reina y se ofreció a venir a conocer de primera mano nuestra historia. A su vuelta debía hacer un informe detallado de sus averiguaciones.

Asistió a nuestras reuniones y la bautizamos con la luz de la luna y el sol del solsticio. Aprendió, disfrutó y su claro juicio nos ayudó también a resolver con acierto alguno de los pleitos que llegaban a nosotras.

En su partida, nos aconsejó que disolviéramos el Concejo para salvar nuestras vidas. Y si mi esposo y yo decidíamos partir y abandonar la sinagoga, habría que tapiar la cueva y no dejar rastro de ella. La realidad y la leyenda serían una.

Es tan joven y tan clara su mirada que solo puedes quererla desde el momento en que la ves. Podría ser una hermana pequeña con la que compartir las enseñanzas que en su tiempo recibí de mi padre. ¡Cuánto me alegra que me enseñara latín! ¡Y cuánto me alegra que las dos sepamos escribir y leer entrelíneas! Desde que se marchó consiguió hacerme llegar dos cartas contándome su entrevista con la Reina y como desde la verdad, ella no sabía ni quería mentir, pudo distraer hacia otros focos la atención de su señora.

Mi sorpresa, alegre y triste a la vez, es haberla visto llegar a la reunión de anoche. Adosinda la avisó de nuestra partida y disfr-

zada ha viajado hasta Úbeda. Dormimos abrazadas, ¿dónde descansarán sus huesos, dónde descansarán los míos, cuando nuestros espíritus vuelvan a la luz?

Llegó el sol a despertarnos, escondido entre nubes, con dolor por tener que alumbrar nuestro exilio. Nuestros cuerpos estaban entumecidos por la humedad de la cueva, pero no dudamos en despojarnos una vez más de nuestras ropas, sufrimiento, miedos y diferencias, bajar los siete escalones y sumergirnos una tras otra en esta agua tan antigua como el mundo, compartir nuestra esencia diferente y común a la vez, y entonces supimos que nuestra red de amor no se romperá con esta separación. Nuestra red de amor se mantendrá más allá de nuestros huesos, más allá de las piedras en las que quedará reducida esta sinagoga. Más allá del olvido, las mujeres del Concejo seguiremos tejiendo redes de protección.

He pasado el día preparando el exiguo equipaje que llevamos en nuestro exilio y despidiéndome de cada rincón de mi hogar. He salido al patio a abrazar a la higuera para que me dé la fuerza necesaria para no desfallecer. Al anoecer me he puesto a escribir esta carta para evitar que la angustia rompa mi garganta en llanto porque tengo que ser fuerte y dar fortaleza a todos los que nos iremos al amanecer.

No sé cuántas horas llevo escribiendo, aunque a veces dejo de hacerlo solo para recordar y atesorar en mi memoria cada uno de los momentos de mi vida desde que llegué al mundo entre estas paredes, y que ahora no sé dónde me va a llevar.

Mi esposo, siguiendo el consejo de Beatriz, está cegando la *mikvé* y yo debo esconder esta carta en las paredes de la cueva. También cegará la entrada y pondrá unas tinajas. El secreto quedará protegido y la vida de las mujeres del Concejo que quedan en Úbeda, también. No habrá pruebas de sus reuniones y eso las salvará del fanatismo y del rencor, pero también habrá silencio y olvido, y eso también es muerte.

Termino ya mi carta, querida hermana. Seas quien seas quien la lees estabas destinada a encontrarla desde el momento en que yo empecé a escribirla. Un día levantarás sobre unas viejas piedras una nueva casa de reunión. La luna y el sol volverán a iluminar la entrada a la cueva y la *mikvé*; de nuevo el milagro del sol pu-

rificándose en el agua se repetirá emocionando a las mujeres, y también a los hombres, que lo contemplen. No temas, todo está escrito desde el principio de los tiempos, tú también eres tejedora de amor y esperanza. Todo es como tiene que ser.

Mi espíritu, quizás encarnado en otro cuerpo, bajará los escalones de nuevo y tal vez solo me atreva a mojar mis manos en esta agua milenaria. También lo harán otras mujeres y seguro que otros hombres. Y, cuando regresen a sus casas, ese Concejo que creamos las mujeres de Úbeda seguirá creciendo con más manos, con más corazones. Y ese mundo de amor con el que soñábamos en esta cueva las noches de plenilunio y los días de solsticio será una realidad.

Mi esposo me avisa que tenemos que partir y yo aún tengo que esconder en la cueva esta carta. He visto unas piedras en cuya hendidura puede haber. La sellaré y pondré unas marcas encima, esperando que algún día sea encontrada, y los nombres de las mujeres del último Concejo vuelvan a sentir la luz del sol. No se citará en los libros de historia ni en los documentos oficiales, pero aunque solo queden de nosotras nuestros huesos, nuestros espíritus seguirán eternamente reunidos en el Concejo de Mujeres.

Mi esposo me llama:

*Ven, dame la mano y vamos,
no me preguntes acerca de la felicidad,
tal vez vendrá también.*

¿Cuándo vendrá?

Caerá sobre nosotros como la lluvia.

Ven, abrázame y vámonos.

*No me preguntes cuándo,
no me preguntes sobre el hogar,
no me preguntes sobre el tiempo,
el tiempo no espera, no se para
no permanece.³*

(Líneas ilegibles)

Mis lágrimas están empezando a correr la tinta y las líneas se desdibujan. En el año de la creación (ilegible, firma ilegible).

3 «Bo'i» Idan Raichel



Estimad@ lectora o lector, te agradecemos haber elegido nuestra compañía. Deseamos que, en estas páginas, hayas encontrado los dones que te ofrece la Diosa Eirene, paz, amor, alegría, y que ellos te acompañen siempre en tu camino.

www.eireneditorial.com